

*La envidia ha sido considerada una de las patologías más frecuentes en España. Pero sus orígenes aparecen hace muchos siglos, con notables ejemplos incluso en la Grecia clásica. Una razón más para no arrumbar los estudios clásicos.*

## ARÍSTIDE, «EL JUSTO»



**Javier Fernández Aguado**  
Socio Director de MindValue  
Miembro de Top Ten Management Spain

**H**ace algunos años, durante una estancia por diversos países de Asia con ocasión de un ciclo de conferencias que impartí para empresarios y directivos de ese Continente, me contaron la siguiente anécdota: un paisano paseaba por Hong Kong. Al pasar ante una pescadería, preguntó por el motivo de que una de las cajas de cangrejos vivos que tenía no estuviera cubierta por un plástico, al igual que las demás.

La respuesta fue directa:

-Ésos no se escapan, porque son cangrejos filipinos.

Ante la perplejidad de quien había preguntado, el pescadero añadió:

-Ahí, en cuanto uno intenta destacar, los demás le hunden.

La envidia (del latín «in videre»: no ver) ha sido mencionada siempre como una de las patologías más frecuentes en España. Sin duda lo es, pero sus orígenes los encontramos hace muchos siglos. En concreto, quisiera ahora referirme a un ejemplo de la Grecia clásica.

Arístide, conocido por el apelativo de «El Justo», falleció en el año 468 ante de Cristo. Fue el principal opositor a la política de Temístocles y se convirtió en el dirigente de una tendencia conservadora. Sin embargo, su postura fue derrotada y en el 482 fue desterrado al ostracismo.

Para condenar a alguien al ostracismo, es decir, al exilio, eran precisos 3.000 votos. Debía ser escrito el nombre del condenado por 3.000 ciudadanos. En aquella circunstancia, preguntó Arístide a uno que escribía su nombre (según otras versiones, era el mismo Arístide,

quien sin ser reconocido escribía los nombres que le dictaban):

-¿Te ha hecho algo ese tal Arístide?

-No, respondió el otro, pero no aguanto que le llamen «El Justo».

¡Cuántas veces, la idiosincrasia española desea el fracaso del otro porque es incapaz de soportar la gloria de un compatriota! ¡Cuánto papanatismo por lo ajeno, olvidando muchas veces las realidades valiosas del entorno!

Toda organización, cualquier país, una cultura, tiene un periodo de desarrollo, otro de estabilización y luego una cíclica fase de deterioro. Isócrates, seguidor, en los aspectos formales, de Gorgias, y en lo ideológico, de Sócrates y Platón, describía así su época histórica: «Los ricos se han vuelto tan antisociales, que preferirían tirar al mar todos sus bienes antes que ceder una parte a los pobres, los cuales, por su parte, tienen más odio a la riqueza ajena que compasión de las propias estrecheces».

Los actuales planes de estudios, que han dado como resultado la lamentable calificación que recibimos a nivel europeo en este ámbito, entre sus múltiples limitaciones incluyen la de

*La historia no sirve para nada,  
pero quien no sabe historia no sabe nada*

haber arrumbado los estudios clásicos. Mil veces se ha dicho que quien no reflexiona sobre el pasado está condenándose a repetir errores. Me gusta formularlo de otro modo: la historia no sirve para nada, pero quien no sabe historia no sabe nada.

Añado otro ejemplo: en Grecia, la incipiente banca daba el 2 o el 3 por ciento de interés, pero exigía el 20 por ciento cuando prestaba (tampoco en esto hemos cambiado tanto). Temístocles, que en las guerras persas había ganado no sólo honores de generalísimo, sino también algo así como un millón de euros, aspiraba a lograr la mejor rentabilidad posible. Se dirigió a un particular de Corinto, Filostéfano, que le garantizó el 5 por ciento.

En Atenas temieron perder patrimonios y autorizaron cambistas que fueran mejorando sus ofertas para evitar la huida de capitales. Arquestrato y Antístenes se convirtieron –gracias a aquella nueva tendencia– en los Botín o los Rothschild de Atenas. □